



Giorgio Almirante, cuya inmunidad parlamentaria ha sido levantada por una aplastante mayoría de la Cámara, el pasado día 24, a fin de que pueda ser procesado.

ces a los antifascistas no se hicieron por vía parlamentaria, ni siquiera por vía judicial, sino por la supresión pura y simple. Otra línea de defensa del MSI ha sido la de acusar precisamente de fascistas a quienes ahora persiguen, empezando por el extinto fiscal general d'Espinoso —del que los «misinos» han dicho en esta sesión que fue centurión de la milicia voluntaria, y que había sido el primer magistrado que en Florencia se negó a prestar juramento a la República Social—; han aludido al «martirologio» de Almirante y han clamado con ironía «¡Viva la libertad!», cuando la Cámara levantó la inmunidad parlamentaria al secretario general.

**G**ORGIO Almirante, por consiguiente, pasa a la disposición del juez de Instrucción. Con él pasa todo el viejo contencioso fascista en Italia, desde los grupos de acción hasta el partido legal, el Movimiento Social Italiano. No hay que esperar, probablemente, una sentencia condenatoria para las personas implicadas, pero sí, probablemente, una declaración de fuera de la ley, tanto para las organizaciones de acción como para el MSI, de acuerdo con la Ley Scelba. Y Almirante ha anunciado, ya que si el MSI se prohíbe, fundará inmediatamente otro partido que recoja «la fuerza electoral y política» del MSI.

**A** la vista del voto de la Cámara, prácticamente unánime para los partidos ajenos al MSI, hay una deducción que hacer: es principalmente la derecha la que quiere desembarazarse del fascismo (naturalmente, con la ayuda feliz de la izquierda, y aun dándole la voz cantante: en las requisitorias, la voz principal la ha tenido el diputado comunista Galluzzi). La derecha conservadora que lo incubió como sistema de defensa en los años previos a la instalación del poder, que sobrevivió —con bastante más facilidad que la izquierda— en los años del fascismo, que volvió a albergarlo y a sostenerlo al terminar la guerra —con el doble fin de que formase la vanguardia combatiente contra el comunismo y contra los extremismos, y con el de presentarle como espantapájaros para los izquierdistas o liberales, como un «nosotros, o el fascismo»— ya no necesita de sus servicios. Las corrientes políticas mundiales, la resurrección de una forma de democracia, la apelación a los ideales de posguerra, le han hecho no solamente inútil, sino molesto. Quizá Giorgio Almirante pase a la Historia política de Italia, no como el «duce número 2», sino solamente como un «tonto útil», por usar un término del gusto de la derecha. Un triste destino.

(1) Sobre este tema, véase en TRIUNFO: Ramón Feljoo, Italia: crónica negra (número 515) e Italia: la estrategia de la tensión (número 516); J. Aldebarán, El fascismo, hoy (número 505) y La caída del fascismo (número 527), así como La última bomba de Milán: Pero, ¿quién es Bertoli? (número 556).

## LOS LORES Y LAS CHAVALAS

Las costumbres sexuales de los lores han ejercido siempre una considerable fascinación en los comunes. Las de lord Jellicoe y lord Lambton han sobrepasado los límites de la risueña complicidad complaciente y se han convertido en escándalo. Eran ministros de la Corona, y han tenido que dimitir. El 9 de abril, el primer ministro Heath recibió un informe del Security Service asegurándole que un ministro era asiduo de una prostituta. Heath pidió que se profundizase la investigación, y así se encontró con que el ministro era lord Lambton —de las Fuerzas Aéreas—, y que, además, podía ser inculcado por posesión de drogas (marijuana, anfetaminas). Otro ministro apareció complicado, lord Jellicoe, el primer lord del Almirantazgo —ministro de Marina—, lord del Sello Privado, encargado de las relaciones del Gobierno con la Cámara de los Lores. Dos biografías típicas del «establishment». Lambton, descendiente de la Reina María de Francia —la hermana de Enrique VIII—, cazador y enamorado, una gran autoridad en el paladeo de los vinos nobles, dandy con tres palacios y unos 3.000 millones de pesetas bien cambiadas, diputado desde hace veinte años, dispone incluso de una maldición hereditaria: los Lambton no morirán en la cama (su hermano mayor se suicidó). Jellicoe, hijo del almirante heroico de la batalla de Jutlandia, casado dos veces y con siete hijos (el mayor, lord Brocas, casado con una gitana), no pudo ser marino, como su padre, porque se mareaba, y eligió la diplomacia y el Ejército. Una excelente carrera política. Los dos lores tienen fama de pertenecer a la «swinging England» liberal y permisiva. Lambton dimitió la Secretaría Política del Foreign Office, porque estaba en desacuerdo con la guerra de Suez, y se enorgullece de que sus antepasados hicieran aprobar la «Reform Bill», que metió a Inglaterra en la vía democrática. Las hazañas en favor de la libertad de costumbres son pintorescas. Lord Jellicoe ordenó que se enviasen re-

vistas alegres a los soldados ingleses de Borneo; lord Lambton defendió contra la censura la publicación de la famosa novela licenciosa «Funny Hill».

En cuanto a las chavalas, su biografía es más difícil por su condición evanescente, clandestina y huidiza. Ahora se han esfumado. La cosa ocurría en un piso de lujo: Hamilton Terrace, Maida Vale. Propietaria, Norma Levy, llamada también Norma Russell. Un piso de dos alcobas, con grandes espejos en las paredes. Uno de estos espejos, ¡horror!, era transparente, y a través de él, lord Lambton fue fotografiado clandestinamente en momentos de gran alegría personal ocasionada por el ejercicio de su virilidad. El objeto de su entusiasmo era la llamada Norma y otra llamada Betty, no se sabe si de una manera alternativa o simultánea. De la llamada Betty se dice que es «de color». Se ignora si hay otras damitas comprometidas y hasta qué punto lo está —parece que mucho— el marido de Norma Levy, llamado Colin. Se ignora también si hay fotos de lord Jellicoe, aunque hay testimonios y su propia confesión: «En efecto, fue un pequeño incidente». Pero el recuerdo del «affaire» Profumo —un ministro de Defensa que adoraba a las señoritas llamadas Mandy y Christine Keeler— que destruyó un Gabinete entero y probablemente costó las elecciones siguientes a los laboristas, hacen que Heath continúe a fondo la investigación y la depuración. El «incidente» se mezcla con la seguridad nacional. Se habla de otros aristócratas, de otros ministros. Se comenta la posibilidad de que los ministros de Marina y Aire gritaran cifras y datos secretos en momentos de exaltación, aunque esto parezca poco probable. El «incidente» se prolonga.

En la casa de Maida Vale han quedado un Ford Cortina de color amarillo, una chaise-longue de cretona floreada que sustituyó las poltronas ministeriales. Y un cierto olor de perfume que dejaron al huir (¿a París?) la judía Norma y la mulata Betty.